

ña, se disponía a visitarlo para repasar algunos de los pasajes de *El último explorador*, el borrador de su biografía en español. A la hora de concertar por teléfono la cita que nunca pudo llevarse a cabo, Leguineche, para abrir boca, acierta a preguntarle cómo le gustaría que le recordaran: «Me encantaría que leyeran mis libros y compartieran mis experiencias. Los más jóvenes me dicen que les gustaría vivir mi vida. Eso es lo que me vale».

Son muchas vidas en una las que ha vivido este elegante británico con cierto aire a Sherlock Holmes, como lo define Leguineche. Nace en 1910 en Etiopía y a los veintitrés años había resuelto uno de los misterios africanos, el destino del río Awash, cuyo curso se perdía sin dejar rastro. Durante cinco años se instala en la Arabia del Territorio Vacío conviviendo con los beduinos como uno más. Vivió otros ocho años con los árabes en las marismas del sur de Irak. Enemigo furibundo de los vehículos a motor, atravesó Etiopía en mula, el Yemen en burro, a caballo el Kurdistán y Kenia a camello. Trabajó para los servicios secretos británicos en la Segunda Guerra Mundial y combatió en la guerra civil de Yemen a mediados de los sesenta a favor de los monárquicos. Finalmente, vivió de manera más sedentaria en

Kenia, conviviendo con los masais, tan queridos por Karen Blixen, donde pidió que le dieran sepultura, cosa que no se ha hecho.

«Reliquia del pasado y fugitivo del presente, estaba convencido de que el mundo le sería entregado a los perros», comenta el *Economist* de Londres en su obituario. Enigmático y contradictorio en sí mismo, tiende a confundir los inevitables cambios del mundo, la evolución y el progreso, con la corrupción y el caos. Leguineche subraya el conflicto interior entre lo convencional y lo heterodoxo que altera la psicología de Thesiger, siempre con un pie a cada lado: «Bascula frenéticamente entre el hondo deseo de identificarse con los pueblos nativos y la lealtad heredada de su clase social». Educado en Oxford y Eton, nunca renegará del Imperio, pese a la fase de desintegración que le toca vivir, ni tampoco de su raigambre aristocrática, pese a pasar parte de su vida en condiciones extremas, alimentándose de dátiles, té y grumos de harina. Desprovisto de ambiciones materialistas, se revuelve contra la autoridad y quiere ser uno más entre los colonizados, entrar en contacto con ellos y conocerlos desde dentro, pertenecer a la tribu, convertirse en uno de ellos. En Londres se comporta como un dandy, de carácter sociable, de-

seoso de compañía, comunicativo y afable. Viste chaqueta de *tweed* con pañuelo de seda en el bolsillo superior, sombrero de ala ancha y reloj de bolsillo con cadena de plata. En el desierto, se transforma en un ermitaño, elige la soledad, acapara toda la autoridad. Viste como los beduinos.

Wilfred Thesiger, como su admirado Lawrence de Arabia, pertenece a esa tradición británica que une literatura y exploración. Livingstone, Thomas, Stanley, Philby o Burton son algunos de los pioneros del imperialismo británico cuyos relatos y memorias de sus expediciones conocía muy bien Thesiger. Todos ellos, Lawrence de Arabia y Thesiger incluidos, señalan que la soledad y el tiempo son las condiciones esenciales para la aventura y la exploración. «Es curioso lo que ocurre con los escritores británicos de viajes. Se pegan al terreno, a pesar de su aparente arrogancia y falta de imaginación. Son narradores sentimentales, enamorados de lo específico, lo concreto, lo sólido, lo cotidiano, más que teóricos del pensamiento», comenta Leguineche, que escribe *El último explorador* desde esa óptica. No se trata de simples escritores de viajes, sino de personalidades que asumen la perplejidad como actitud vital y eligen la vida nómada para hacer distancia, una distancia relacionada con el desarraigo.

«No sabemos lo que buscamos y eso es lo que buscamos», afirma Leguineche. El espacio es su destino y en él, la lentitud y la incertidumbre, la incomodidad y la insalubridad. Si no se sufre, no hay viaje que valga, aunque luego siempre habrá una vuelta a las comodidades de la civilización, al menos por un tiempo, motivo por el que despiertan tanta simpatía como sospecha. En el caso de Thesiger, apunta Leguineche: «Los jóvenes heraldos de la anti-globalización tienen en Thesiger al arquetipo, al pionero de lo limpio y lo auténtico. Para otras personas es un perfecto hijo del sistema, del *establishment*, un dinosaurio, un epígono de la era victoriana que niega el progreso y cree que todos debemos vivir para siempre como los nómadas de la estepa».

Si bien Leguineche escribe esta biografía desde la identificación con el modo de vida del personaje que contribuye a convertir en leyenda, no esconde las sombras de una personalidad que, como el propio Thesiger reconoció, ignoró lo que no quiso ver, como la esclavitud, la ablación del clítoris o la bestialidad de algunas tribus. *El último explorador* resulta, por tanto, creíble, una biografía bien documentada, siguiendo la senda de los estudiosos de la vida y obra del explorador británico, de las lectu-

ras de cabecera del propio Thesiger (*Los siete pilares de la sabiduría*, de Lawrence de Arabia y la obra completa de Kipling), una biografía escrita desde una subjetividad no escondida, con frecuentes guiños al lector, estructurada desde un punto de vista de narrador secundario, al modo de las crónicas en que se relataban las hazañas de los primeros exploradores de América. Leguineche toma partido, rechaza en Thesiger los ramalazos de paternalismo roussoniano respecto de los nativos, su misoginia, su obsesión compulsiva por la caza del león, pero, a su vez, intenta comprenderlo avisando del error de juzgar el pasado con las ideas, costumbres, reflexiones y remordimientos del presente. Con todo, lo más atractivo de este recorrido por la vida y obra de Thesiger son las páginas dedicadas a su estancia en el desierto arábigo conocido como El Territorio Vacío, la expedición siguiendo el curso del río Awash o sus años en las marismas del sur de Irak, cuya experiencia recoge en *Los árabes de las marismas*. Aunque a Leguineche no se le escapa que el canto elegíaco y crepuscular de Thesiger rezuma algo del lamento por el Imperio perdido, resulta enternecedor, por lo que tiene de despedida, el grito de este hombre contra el desarrollo y la evolución tecnológica de los nómadas y las tribus del desierto, con-

vencido, como Hannah Arendt, de que progreso y felicidad son incompatibles. Encuentra su propia Arcadia y asume la dureza de las condiciones de vida, consciente de estar viendo un mundo que tenía los días contados, un mundo que ya no existe ahora que la aventura se ha convertido en un objeto de consumo y los beduinos viajan por el desierto en Land-Cruisers japoneses.

Jaime Priede

Otros rostros de la Iglesia*

En la Iglesia católica, a pesar de su estructura jerárquica, siempre ha habido un amplio pluralismo, expresado a través de escuelas teológicas, corrientes de espiritualidad, Iglesias nacionales, etc. Lo que quizá no había habido antes, o había habido menos, era un pluralismo en el que las diversas instancias

* 31 jesuitas se confiesan. *Imago Mundi*, Valentí Gómez-Oliver y Josep M. Benítez, Ediciones Península, Barcelona, 591 pp.; Libertad conquistada. Memorias, Hans Küng, traducción de Daniel Romero, Editorial Trotta, Madrid, 619 pp.; Los curas de ETA. La Iglesia vasca entre la cruz y la ikurriña, Jesús Bastante, *La Esfera de los Libros*, Madrid, 409 pp.; La cara oculta del Vaticano, Jesús Ynfante, Ediciones FOCA, Madrid, 351 pp.

operan desde distintos paradigmas y se refieren a creyentes que aun viviendo en el mismo meridiano de la historia occidental parecen vivir en mundos de valores distintos.

Un Dios con muchos nombres o con muchos rostros no es especialmente problemático mientras no sean recíprocamente excluyentes. En cambio, un Dios con dos rostros enfrentados sí que es desconcertante, problemático, y puede llevar a fuertes desaguisados y rupturas. Los libros que a continuación reseñamos dicen mucho de ese pluralismo, de ese Dios con diversos rostros, pero también apuntan a posibles peligros, desconciertos, enfrentamientos y daños que pueden llegar a ser irreparables.

Imago Mundi

Dos autores, Valentí Gómez-Oliver, poeta, filósofo y ensayista, y el jesuita, Josep M. Benítez, catedrático de historia moderna y decano de la Facultad de Historia Eclesiástica de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, tuvieron en su día una misma idea: llevar a cabo una serie de entrevistas a diversos jesuitas de todo el mundo con la finalidad de mostrar cómo era la Compañía de Jesús en la actualidad. Ambas ideas coincidían de tal modo que los autores decidieron unificar los

dos proyectos. El resultado ha sido un único libro: *31 jesuitas se confiesan*.

Se trata de un trabajo básicamente testimonial. Los entrevistadores han pedido a sus entrevistados que den testimonio de su propia vocación; que expliquen sus raíces, sus ideales, sus problemas y dificultades, que cuenten su propia vida y su propio mundo a través y a partir de su respuesta personal al llamamiento primigenio y al posterior seguimiento de esta vocación.

Ante la opinión compartida por historiadores, sociólogos y teólogos de que los sistemas religiosos formales (las iglesias) están experimentando una innegable decadencia en la sociedad occidental, impresiona el profundo convencimiento de unos hombres singulares de que «la verdad tiene futuro», y que saben encontrar un hondo «sentido» al complejo y disparatado mundo que nos rodea. Hombres singulares, algunos de ellos reconocidos sabios, resueltamente decididos en la busca de «algunas verdades»: una vida más justa, más solidaria, más ética, en definitiva más humana, más feliz (dentro de lo que cabe) y más «verdadera», en el sentido de auténtica.

Gómez-Oliver y Benítez han elaborado un amplio cuestionario para que cada uno de los protagonistas hable de su vida y su pensamiento –todos ellos tienen en